

nunca acabar si las recontásemos, pues quizá formen más de la tercera parte en los escritos jocosos de Quevedo, hay las burlas contra la institución matrimonial, blanco perdurable de las chanzonetas del satírico; y este aspecto de su sátira es más picante si lo ponemos como antesala del templo de Himeneo, donde penetró Quevedo ya machucho.—Lo que no he de omitir es que la campaña, como diríamos hoy, de Quevedo contra la mujer y el matrimonio tiene el privilegio de no haber perdido aún —para el vulgo, se entiende— nada de su fuerza y eficacia cómica. El teatro explota todavía el tipo de la *dueña*, metamorfoseada en *característica*; los escritores festivos en verso y prosa repiten como un eco las eternas chirigotas contra las *suegras*, de que es Quevedo venero inagotable; sobre inconvenientes del matrimonio, poco ó nada nuevo se dice hoy que se diferencie esencialmente de las cabriolas y esguínces de Quevedo; y desde este punto de vista, como desde otros varios, Quevedo sigue

siendo el poeta cómico nacional, el popular y entendido de todos —por lo mismo que no asciende sobre el nivel común de las inteligencias y de las exigencias estéticas de la mayoría.

¿No es cierto que tiene algo de chistosa ironía del gran burlón llamado Destino el haber llevado al ara á Quevedo; al que había escrito

«Esto de ser marido un año arreo,
Aun á los azacanes empalaga;
Todo lo cotidiano es mucho y feo.
Mujer que dura un mes, se vuelve plaga;
Aun con los diablos fué dichoso Orfeo,
Pues perdió la mujer que tuvo en paga;»

el que oía ladrar y veía morder al perrillo de mármol esculpido en la sepultura de dos casados; el que, contrastando con la musa idealista de Calderón y encerrando el mayor desprecio en la tolerancia, enseñó la cínica filosofía del conocido soneto que empieza

«Dícenme, Don Gerónimo, que dices...»

y la desarrolló en aquel romance:

«Selvas y bosques de amor;»

al que encarecía la ventura singular del primer hombre:

«Costoos la mujer que os dieron
una costilla, y acá
todos los huesos nos cuestan...

.....
Si os quejáis de la serpiente
que os hizo á entrambos mascar,
cuánto es mejor la culebra
que la suegra, preguntad.»

al que de la fábula de Orfeo sacaba esta consecuencia:

«Dichoso es cualquier casado
que una vez queda soltero;
mas de una mujer dos veces,
es ya de la dicha extremo.»

al que, pisando las huellas de Juvenal en su sátira sexta, respondía á una proposición de casamiento que le dirigía un amigo ya casado, con larga enumeración de los vicios y defectos de la mujer, y exclamaba:

«Antes para mi entierro venga el cura
que para desposarme; antes me velen
por vecino á la muerte y sepultura;
antes con mil esposas me encarcelen
que aquesa tome; y antes que *si* diga,
la lengua y las palabras se me helen...

Eso de casamientos, á los bobos...

.....
No quieras que en el remo dónde bogas
haya, por consolarte, otro remero,
y otro se ahogue donde tú te ahogas...»

No es posible, á menos que estos artículos se conviertan en libro voluminoso, seguir á Quevedo en sus ataques al matrimonio repartidos por los *Sueños* y los *Discursos festivos*.—Probablemente la misma actitud anticonyugal de Quevedo contribuiría á despertar pruritos casamenteros en doña Inés de Zúñiga y Velasco, camarera mayor de la Reina, esposa de Don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares y favorito de Felipe IV. Lo cierto es que tan gran señora y el duque de Medinaceli se aunaron para casar á Quevedo. «Había librado de la conjuración de Venecia, pero de ésta no pudo,»—dice ingeniosamente Merimée.

Como empezaban á asestar baterías contra la libertad de Quevedo, éste, ya casi persuadido, escribió á la Condesa una primorosa carta, demostración de lo que puede ser el ingenio del eminente

satírico, cuando lo rigen algún tanto ciertos propósitos de aticismo y moderación. — En esta carta expresa Quevedo cómo ha de ser la mujer según su corazón, la que le haría renunciar con gusto á las franquicias de soltero. Para principiar, Quevedo se acusa contrito. «He sido—dice—malo por muchos caminos; y habiendo dejado de ser malo, no soy bueno, porque he dejado el mal de cansado y no de arrepentido. Esto no tiene otra cosa buena sino asegurar que ningún género de travesura me engañará, porque todas me tienen, ó escarmentado, ó advertido... Y por acabar con veras y verdad, como empecé, digo á vuecelencia que estimaré en mucho la mujer que fuere como yo la merezco; porque yo bien puedo ser casado sin dicha; pero no mal casado.» A vueltas de esta confesión, que parece sincera y suena dolorida, Quevedo dibuja las líneas de una figura femenil que le convendría para esposa, y que viene á ser el tipo de justo medio, elegido siempre por los satíricos antes y después

de Quevedo para ofrecerlo como la menor cantidad de mal posible en el estado de matrimonio: la mujer ni sabia ni necia, ni zafia ni ilustre, ni rica ni pobre, ni bella ni fea, ni gorda ni flaca, algo puramente neutral y anodino, envuelto en un velo de bondad negativa, que consiste en no hacer el mal; como si la ausencia de carácter y la pasividad fuesen entonces, para uno de los espíritus más cultos del siglo (¿quién podrá negar este título á Quevedo?) cifra y compendio del ideal del matrimonio.

Lo cierto es que triunfó la conjura palaciega, sin que le valiese á Quevedo protestar:

«Dicen que me case,
Digo que no quiero
Y que por lamirme
He de ser buey suelto...»

Entre doña Inés de Zúñiga y el duque de Medinaceli, la dama instando y emplazando al poeta, y el duque buscándole novia allá en el fondo de una provincia, al fin se realizó el milagro, y Quevedo do-

bló el cuello á la coyunda, desposándose hacia fines del año 1633 con doña Esperanza de Aragón y la Cabra, señora de Cetina.

A esta dama la califica Fernández-Guerra de modesta y virtuosa, hermosa y principal, y dice que estaba olvidada en los campos que fertiliza el Jalón, como gota de rocío en el cáliz de la azucena. Me gustaría que el colector de Quevedo hubiese expuesto con detención y con la erudición que le caracteriza, los documentos en que funda estas afirmaciones. El biógrafo francés no es tan explícito respecto á las cualidades de la señora de Cetina, y es infinitamente menos optimista en lo que toca á la vida matrimonial de¹ insigne bufón. Pasando por el tamiz de la crítica las declaraciones del biógrafo Tarsia, en las cuales se inspira Fernández-Guerra, deduce Merimée que Tarsia sabía poco ó nada de la historia conyugal de Quevedo, y que la correspondencia de éste y los hechos prueban, sin dar lugar á duda, la suma brevedad del

tiempo que pasó Quevedo al lado de su esposa, y la separación casi inmediata, apenas digerido el pan de la boda, separación que ya sólo había de terminar con la muerte de doña Esperanza, y que Merimée cree producida por motivos de interés ó por otros más delicados todavía. "No solamente —añade— no existe ninguna de esas cartas de Don Francisco de Quevedo á doña Esperanza, de las cuales habla Tarsia como si las hubiese visto, sino que en todo cuanto escribió después de su matrimonio, nuestro autor no hace la más mínima referencia á su esposa; en cambio abundan las sátiras contra el matrimonio, lugares comunes si se quiere, pero que podían avivar la llama de la maledicencia. Además, Quevedo, poco antes de llevar al altar á doña Esperanza, no había omitido la diligencia de recomendar, como Séneca, los varios motivos que tiene el sabio para consolarse de la pérdida de su esposa.," Y con efecto, á consolarse y á reincidir, si á mano viniese, estaba dispuesto el que glosando los con-

sejos de Lucio Aneo Séneca, decía por cuenta propia: "Entre los acontecimientos del matrimonio, sólo el de la pérdida de la mujer no puede ser afrentoso; porque si la mujer es mala, se gana con perderla; si es buena, con perderla se asegura de que no lo deje de ser. Dificilísimo es que la mujer mala se haga buena, con ser tan fácil que la buena se haga mala. No pierdes del todo la mujer buena, que con su memoria te enseña muerta á buscar otra semejante. Busca otra, que en buscar otra más la estimas que la ofendes., Sería curioso oír lo que diría Quevedo, si alguna viuda aplicase tan desahogada doctrina á la búsqueda de nuevo marido bueno. Ya sabemos, por otra parte, cómo trataba Quevedo á las viudas predispuestas á reincidir.

Según parece, la dama que llevaba el altisonante y novelesco nombre de doña Esperanza de Aragón, señora de Cetina, ya era no sólo viuda, sino entrada en años cuando se desposó con el gran satírico, y su muerte no ocurrió tan presto como in-

dica el relato idealizado de Tarsia, sino después de bastantes años de vivir separada de su esposo. Si hemos de interpretar de un modo bastante probable un terceto de la *Elegía* de Antonio López de Vega, donde dice que

*«Francisco, en posesión de su sosiego,
de su Esperanza en los coloquios pasa,
si legas noches, cuerdamente lego...»*

tampoco debió de sobresalir por la cultura del ingenio la compañera del Luciano español. En lo que probablemente tendrá razón Tarsia, es en defender á la pobre señora de Cetina de la nota de liviana que contra ella lanzaron los enemigos de Quevedo, satisfaciendo un instinto de venganza ruin. Pudo no reinar nunca buena armonía en el matrimonio, según es de tradición en Cetina, refiriéndose aún hoy varias anécdotas sobre el caso; pero de ahí á que la esposa de Quevedo le hiciese padecer la suerte de los tantas veces satirizados maridos de sus jacarandainas y letrillas, va capital diferencia. La edad,

calidad y retiro de la señora de Cetina; el haberla escogido á mano el duque de Medinaceli para su amigo y corresponsal Quevedo, son indicios de que ya debía de tener probada la virtud; y hasta el corto plazo que duró la verdadera unión entre ambos esposos, puede, á mi ver, demostrar que no sufrió Quevedo el mismo daño que las víctimas de su causa; aun cuando, dada la imposibilidad en que estamos de probar cumplidamente la honestidad y recato de doña Esperanza de Aragón, nos expondríamos, si lo intentásemos, á discusiones muy parecidas á la pendencia entre don Quijote y Cardenio, sobre si aquel bellaconazo del maestro Elisabad andaba ó no andaba en tratos ilícitos con la reina Madasima.

Lo indudable es que el matrimonio, por una razón ó por otra (pues no es sólo la infidelidad lo que relaja y disuelve el santo vínculo), le salió mal á Quevedo; y yo añadiré que por *estética biográfica* no estoy á dos dedos de celebrarlo. Quevedo desastrosamente casado, es lo natural,

lo previsto, lo científico; Quevedo con hogar tierno y dulce, con esposa enamorada, con niños rubios que trepan canilla arriba hasta sentarse en el muslo y halagar con sus manitas las barbas del padre, sería un mentis á toda una vida literaria, la negación de un temperamento, ese fenómeno de retroversión que se observa, ¡ay! á veces en los últimos años de los artistas insignes, y que destruye su fisonomía, sobre todo para los que olvidan que el hombre es una contradicción perpetua, y que cuanto más se ahonda en el corazón, más se obscurecen las tinieblas del abismo...

Si en efecto la señora de Cetina había traspasado ya la edad en que puede prometerse fecundidad el tálamo, hay que reconocer también que Tarsia doró lo mejor que pudo el caso de faltarle á Quevedo sucesión, escribiendo con gran comedimiento y dignidad, en el estilo solemne de la época: "Dispuso naturaleza (con bien ordenada alusión) que como la fecundidad de sus padres (los de Queve-

do) fué única en la sucesión varonil, así Don Francisco no la tuviese, porque quedase singular, pues en el ingenio lo era. Y es observación de Elio Sparciano, en la *Vida del emperador Severo*, que ninguno de los hombres grandes tuvo sucesión, pues casi todos murieron sin hijos, y si alguno los dejó, fueron malos é indignos de sus padres. „

En verdad que sería bien curiosa y atractiva exploración registrar el alma de la lugareña señora de Cetina, para ver cómo se reflejaba en ella la imagen del extraño esposo que la diera el duque de Medinaceli. ¿Qué le podría decir á Quevedo la infeliz y sencilla dama? ¿Con qué nuevas palabras pintó á su mujer afectos puros y nobles el que sólo había pintado vicios y brutalidades? ¿Se tomó siquiera por espacio de un día el trabajo de intentar la captura del corazón zahareño y acaso virgen de la madura esposa? ¿Qué idilio pasó entre el desposado de cincuenta y dos años y la desposada, no mucho más moza, verosímilmente? ¿Qué

pensó la mujer de Quevedo al posar sus ojos (si llegó á posarlos) en el incalificable é incopiable soneto donde apostrofándola

«Si no sabéis, señora de Cetina...»

los enemigos de su marido arrojaban sobre éste los espumarajos del odio, de la mofa y del desprecio?

Los sentimientos de aquella dama serán un eterno enigma. La llaneza y modestia de su destino, iluminado un instante por la viva luz del de Quevedo, la salva del análisis. No podemos penetrar en su espíritu, por mucho que aspiremos á ello. ¿Fué Quevedo realmente amado, amado con leal pasión, en alguna época de su vida? Y si no lo fué en la juventud (como parece desprenderse de su biografía y escritos), ¿pudo serlo cuando ya contaba más del medio siglo y estaba tal cual él se pinta, ó tal cual le describe el autor del cruel soneto?

Juzgo que nunca se sabrá. Entre tanto, quien desee ver á Quevedo retratado de

mano maestra (en lo físico), lea la descripción de su rostro y talla, que entre-saco del estudio del Sr. Fernández-Guerra. "Era—dice—de buena estatura, el cabello negro, limpio y algo encrespado; la cabeza ancha y bien repartida; blanco el rostro, larga y espaciosa la frente, con algunas viejas heridas, testimonio de su valor. Tenía las narices grandes y gruesas, y los ojos muy vivos y rasgados; pero tan corto de vista, que llevaba anteojos continuamente. Fué abultado de cuerpo, de hombros derribados y robustos, de brazos flacos, pero bien hechos y galanos; cojo y lisiado de entrambos piés, que los tenía torcidos hacia adentro., De la época en que contrajo nupcias sobre poco más ó menos es el busto existente en la Biblioteca Nacional, y allí "Quevedo muestra sobre cincuenta y cinco años; su fisonomía es melancólica y severa, su crencha hermosa, el entrecejo muy pronunciado, el labio grueso; muchas y antiguas cicatrices marcan su despejada frente; miran con indecisión sus

ojos, propia de un corto de vista., Aparte de lo de patizambo, de estas descripciones no sale muy desfavorecido Quevedo, ni parece que fuese tan ingrata su presencia, aunque sí debió de tener aquel aire "atrevido, pendenciero y acedo., que en su escultura nota Fernández-Guerra, y hay algo en su fisonomía, según los grabados la reproducen, de *riectus* sardónico, de malicia desengañada, y de sensualidad belicosa y agresiva.

Cerrado—y tan de mogollon y á trompicones—el grave episodio de la madurez que se llama *casamiento*, acércase ya Quevedo al período de penitencia, expiación y rehabilitación por el dolor. Vamos á verle cautivo, achacoso, torturado, moribundo... por indulgencia del cielo, y para dignificación de su historia y de su alma.

